

SUSURROS SUBTERRÁNEOS: NECROPOLÍTICA Y ESPECTROLOGÍA EN *COMETIERRA*, DE DOLORES REYES

Rocío Cabral

Universidad Nacional de Rosario
rociocabral95@gmail.com

Resumen: En el presente artículo nuestro interés es analizar cómo sobre las desapariciones en la novela *Cometierra* de Dolores Reyes, se construye una estética de lo espectral que revela operaciones necropolíticas que ponen de manifiesto cuáles son actualmente las existencias consideradas menos relevantes, las vidas que no importan y son susceptibles de ser eliminadas por el sistema. La intención es observar la manera en que la estrategia narrativa del asedio o *haunting* acciona en la novela a partir de la construcción de la tierra como un espacio de memoria que puede adquirir cuerpo a través de la práctica de la protagonista, una joven médium.

Palabras clave: Desaparecidos, Memoria, Necropolítica, Espectrología, Haunting.

Abstract: In the present article our interest is to analyze how over the disappearances in the novel *Eartheater*, by Dolores Reyes, a spectral aesthetic is elaborated, revealing necropolitical operations that manifest which are the existences that are currently considered less relevant, those lives that don't matter and are likely to be eliminated by the system. Our intention is to observe how the narrative strategy of haunting works in this novel through the elaboration of earth as a space for memory that can be embodied with the practice of the main character, a young medium.

Keywords: Disappearances, Memory, Necropolitics, Spectrology, Haunting.

1. Tengo un cuerpo, reclamo

La vida, en la novela *Cometierra* de Dolores Reyes, traza de manera continua estrategias para sobrevivir en un mundo en el que

la frontera geográfico-cultural que alguna vez sirvió para repartir cuerpos y significados adentro y afuera del orden nacional-estatal se transforma en una línea de vida que pasa por los cuerpos, separando brutalmente sobre el continuum de lo viviente ciudadanos de poblaciones, personas propietarias que tienen y disponen de su cuerpo de seres vivientes indiferenciados que son meramente un cuerpo (Rodríguez, 2017, p. 47).

La novela de Reyes construye sus formas en el umbral de aquellas vidas “rechazadas hacia la muerte”, vidas que no tienen cuerpo ni espacio, vidas que se reducen al mero ser cuerpos que, la mayoría de las veces, tan solo existen como un reclamo en boca de quienes buscan enterrarlos.

En el presente artículo desarrollaremos cómo los casos de muertes y desapariciones presentados en *Cometierra* dan tratamiento específico a existencias suspendidas en el límite entre lo vivo y lo muerto a partir de su aparición inquietante en una tierra con memoria.

2. De la tierra venimos

La novela de Reyes lleva por título el apodo que le dan en su barrio a la protagonista, una adolescente del conurbano

bonaerense que tiene el hábito, desde pequeña, de comer tierra. Ese hábito, que se constituye en parte como una maldición, que convierte a la protagonista en objeto de burla, y que la expone a humillaciones múltiples como que le regalen paquetes de alfajores caros, que no puede comprar, llenos de tierra (Reyes, 2019, p. 20), implica también el acceso a un don único. La tierra, en esta narración, es un agente vivo y con memoria.¹ Cada vez que la joven come tierra, esa memoria se hace cuerpo en ella y le “hace ver”.

Al principio la tierra es fría, pero en la mano y después en la boca entra en calor. Separé un poco y lo levanté. Me lo llevé a la boca. Tragué. Cerré los ojos, sintiendo cómo la tierra se calentaba, cómo me quemaba adentro, y volví a comer un poco más. La tierra era el veneno necesario para viajar hasta el cuerpo de María y yo tenía que llegar. Me acosté en el suelo, sin abrir los ojos. Había aprendido que *de esa oscuridad nacían formas* (Reyes, 2019, p. 73. Los destacados son propios).

Podríamos identificar rápidamente a la protagonista con una bruja o, si se quiere, con una médium o espiritista.² Bruja en

¹ Barei señala al respecto de la tierra en la novela: “Al igual que lo humano, lo orgánico también tiene memoria, guarda rastros y devela rostros en ese margen que no es un afuera definitivo” (Barei, 2021, p. 43).

² La presencia de esta “bruja” urbana que puede hacer hablar a la memoria de la tierra ha habilitado una lectura de la novela de Reyes en clave gótica. Al respecto, Silvia Baeri señala que *Cometierra* se ubica en una nueva serie de textos que pueden inscribirse dentro de la reciente categoría de “gótico latinoamericano”: “textos que cuentan acontecimientos traumáticos, desapariciones, muertes, violaciones, bajo el formato de la extrañeza, lo paranormal, lo surreal, lo espectral y construyen efectos de sentido que no pueden sino referir a lo real. Son textos que desbordan los límites del gótico en un lenguaje social en cuya diferencia se traman lo visible y lo invisible, lo dicho y lo soterrado que debe ser narrado. Narración desde lugares marginales donde se construyen otras formas de supervivencia y otras memorias” (Barei, 2021, p. 41).

tanto se presenta como una figura contrahegemónica (mujer, pobre, en el margen de la ciudad) que mediante un poder desconocido se convierte en defensora o dadora de un bien.³ El poder de Cometierra está dado por su posibilidad de interceder, a partir de la memoria de la tierra, entre los vivos y los muertos. La adolescente traga tierra e ingresa en un trance que le muestra donde están o donde estuvieron las personas que busca.⁴ Cuando come esta tierra, la joven tiene visiones y se hace “amiga” de la tierra, que tiene el color de sus ojos, de su piel y de su pelo: “Sentada, mi pelo llegaba hasta el piso. Tenía el color de ese suelo en el que vivía” (Reyes, 2019, p. 12). Comer, en la novela de Reyes, implica una proximidad con la tierra que cifra una desigualdad, pero también, un poder: se trata de un acto de desparpajo, una reacción ante el rechazo ajeno, un apropiarse de eso que otros repudian.

Antes tragaba por mí, por la bronca, porque les molestaba y les daba vergüenza. Decían que *la tierra es sucia*, que se me iba a hinchar la panza como a un sapo (...) Después empecé a comer tierra por otros que querían hablar. Otros, que ya se fueron (Reyes, 2019, p. 11. Los destacados son propios).

A medida que avanza la novela observamos cómo el poder de la protagonista va evolucionando desde una necesidad individual hasta un servicio a la comunidad, a medida que se

³ Retomamos esta noción de los postulados de *¡Ay!, qué bonito es volar: representaciones contrahegemónicas de la brujería en Latinoamérica*, donde se rastrea cómo el personaje literario de la bruja (originalmente concreción del mal) adquiere en Latinoamérica el carácter de “dadora de un bien” en el marco de desigualdades y violencias que signa a la realidad regional (cfr. Hurtado Heras et al., 2021, p. 80).

⁴ Este don puede vincularse, además de con la brujería, con los postulados de la doctrina espiritista, popularizada durante el siglo XX, que sostenía que existían individuos privilegiados llamados médiums que podían contactar con espíritus de personas ya fallecidas (cfr. Hurtado Heras et al., 2021). La noción de médium nos resulta particularmente interesante en tanto resalta el carácter umbralístico del personaje.

trasciende el umbral que separa lo personal de lo colectivo. Esta médium villera que vive en los márgenes de la ciudad, allí en el linde entre quienes tienen derecho a existir y quienes no, (como las brujas de antaño), recibe ofrendas de tierra de quienes requieren de su ayuda para que busque gente perdida. La tierra que las personas desaparecidas pisaron le muestra qué fue de ellas.

Cometierra relata la historia de desaparecidas y desaparecidos contemporáneos. Ahora bien, la figura del desaparecido en Argentina es una figura de peso histórico desde hace ya tiempo: la última dictadura cívico-militar en el país (1976-1983), inscripta en el marco de las dictaduras latinoamericanas instaladas por el Plan Cóndor, operó a partir de la desaparición sistemática de personas. Es bien conocida la frase del exdictador argentino Jorge Rafael Videla, quien en una conferencia de prensa declaró acerca de los desaparecidos durante su gobierno:

Es una incógnita el desaparecido. Si el hombre apareciera tendría un tratamiento X. Si la aparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento, tiene un tratamiento Z. Pero mientras sea desaparecido, no puede tener un tratamiento especial. Es un desaparecido, no tiene entidad. No está ni muerto ni vivo, está desaparecido... Frente a eso no podemos hacer nada (Videla en Jenkins, 2006).

Fermín Rodríguez (2017) señala cómo en el pasaje de los totalitarismos latinoamericanos a los Estados de crisis neoliberal, el “hacer morir” se tradujo en lo que Foucault llamó un “hacer vivir o rechazar hacia la muerte” que implicó el tratamiento de grandes extensiones de población a partir de

políticas de abandono y vulnerabilización social.⁵ Al respecto, Ribas Casasayas (2019) estudia cómo el campo literario latinoamericano hace uso de la estrategia narrativa del asedio o *haunting* para, a partir de la elaboración de una estética de lo espectral, lograr otorgarles el tratamiento negado a esas existencias suspendidas en el limbo entre la vida y la muerte.

En la novela de Reyes, el don de bruja o de médium de la protagonista conecta con la tierra en tanto espacio en el que la memoria (agente clave en las luchas de los contextos de post-dictaduras latinoamericanas) emerge con toda su potencia restituyente.

3. Los muertos no ranchan donde los vivos

Cometierra recibe mensajes que no vienen de islas al otro lado del mar, sino de islas del otro lado del reconocimiento socio-cultural. El “pequeño cementerio” de botellas de colores que se va expandiendo día a día en el frente de su casa lleva dentro la historia de esos desaparecidos para los que el orden establecido no ofrece tratamiento alguno.

⁵ El totalitarismo, que durante los años de la dictadura cívico-militar “hacía morir” en el campo de la excepción y del terror político, migró en los años de las democracias de mercado de la América Latina de los años noventa a un terreno económico donde el poder “hace vivir” en espacios de abandono político localizado y gestionado por nuevos dispositivos de dominación que hacen de la enfermedad y la salud, el trabajo y el ocio, el nacimiento y la muerte, la reproducción y la sexualidad, la seguridad y la miseria, una instancia de intervención, de lucha y de control (Rodríguez, 2017, p. 47).

Había muchas azules. Ningún azul era igual a otro, ninguna tierra tenía el gusto de la tierra de otra botella. No se extraña a un hijo, un hermano, una madre o un amigo igual que a otro. Parecían tumbas brillantes una al lado de la otra. Al principio las contaba, las acomodaba con cariño, a veces acariciaba alguna hasta que me decidía a probar de su tierra. Casi siempre era así, pero ese día las odiaba. Me pesaban más que nunca. Todas juntas me cansaban. Sentía todas las botellas apilándose en mí. El mundo debía ser más grande de lo que siempre había creído para que pudiera desaparecer tanta gente (Reyes, 2019, p. 61).

Cometierra se traga la tierra que pisaron los cuerpos que no importan, que el Estado no busca, y al engullirla, deglute el mecanismo social que separa las vidas que sí importan de aquellas que “trazan el umbral de la no persona, el muerto-viviente, del espectro, o de la vida reducida a su expresión mínima, la vida que se puede consumir, explotar, constituir en *cosa viviente*, etc.” (Giorgi, 2014, p. 26).

La novela hace eje en desapariciones y muertes que están, de una manera u otra, concebidas dentro de la matriz del sistema de desigualdades contemporáneo y de su reparto sobre lo viviente. Si reconocemos que existe un poder ocupado de garantizar la existencia y conservación de determinadas vidas, es necesario identificar que, de manera complementaria, ha de existir un poder que garantice el trazado del umbral con aquellas vidas mínimas que delimitan lo que consideramos “no-persona”.

El primero se refiere al poder sobre la vida a través de tecnologías de dominación tales como leyes y políticas públicas para la gestión de la vida humana en tanto especie, para garantizar que la población, la sociedad en su

dimensión existencial y biológica, mantenga su *statu quo* racial. El segundo se refiere al poder de dar muerte con tecnologías de explotación y destrucción de cuerpos tales como la masacre, el feminicidio, la ejecución, la esclavitud, el comercio sexual y la desaparición forzada, así como los dispositivos legal-administrativos que ordenan y sistematizan los efectos o las causas de las políticas de muerte (Estévez, 2018, p. 10).

De esta manera, si la biopolítica se ha estudiado como el conjunto de mecanismos para garantizar la preservación de la vida, su contracara es la necropolítica, que viene a estudiar los mecanismos para dar muerte, pero también, a quienes quedan por fuera de los mecanismos de preservación y, por lo tanto, son entregados a la muerte. Giorgi (2014) recupera la tesis de Agamben acerca de la distinción *bios/zōé* para poder abordar estas vidas leídas desde su deshumanización, vidas que son pensables más en clave necropolítica que biopolítica, en tanto los mecanismos de preservación ni las alcanzan ni están pensados para ellas:

Pensando el “hacer vivir” moderno, como se sabe, Agamben encuentra una genealogía premoderna, la del *homo sacer*, una figura jurídica romana que encarna las vidas que pueden ser matadas sin cometer homicidio: la vida eliminable. Desde allí, argumenta Agamben, esta figura del *homo sacer* se expande en la modernidad y se vuelve instrumento del “hacer vivir” foucaultiano: describe la multiplicación y expansión del campo de decisiones sobre las vidas a proteger, las formas de vida reconocibles (*bios*) y las vidas a abandonar, las vidas cuyas muertes no constituyen delito y que Agamben, decisivamente, asocia con *zōé*, con la vida sin cualificaciones, sin forma, que se superpone a la vida animal y vegetal (Giorgi, 2014, p. 22).

Dos rasgos esenciales caracterizan a los desaparecidos y las desaparecidas que busca Cometierra: forman parte de un sector vilipendiado socialmente, considerado inferior o “menos humano”, y los mecanismos estatales no los buscaron o han dejado de hacerlo. El carácter de “menos que humano” de quienes aún no aparecen resulta clave a la hora de pensar el planteamiento de la novela en clave biopolítica. La novela de Reyes se articula sobre una inestabilidad en el eje vida-muerte en tanto en ella se revelan operaciones necropolíticas que tejen un entramado social en el cual determinadas muertes no solo son posibles sino, sobre todo, son impunes. La estrategia narrativa del *haunting* a la que recurre la novela permite darle existencia a los sectores sociales que quedan por fuera de las prácticas biopolíticas contemporáneas, y, por lo tanto, englobados dentro de una necropolítica que, como complementaria, organiza las vidas poco relevantes, las vidas que deben normalizarse y/o disciplinarse a través de la muerte.

Además, observamos que la desaparición señala no solamente la ausencia de quien falta sino de quien aparece marcado o marcada por esa falta. Dice Cometierra:

Empezaba a ver que los que buscan a una persona tienen algo, una marca cerca de los ojos, de la boca, la mezcla de dolor, de bronca, de fuerza, de espera, hecha cuerpo.

Algo roto, en donde vive el que no vuelve (Reyes, 2019, p. 28).

Así, quienes buscan también emergen como espectros, seres marcados por la ausencia y por una filiación desgarrada en cuyo seno late el recuerdo de quien se ha perdido. De esta manera la búsqueda de, al menos, un cuerpo para enterrar,

deviene en potencia vital emergente. Lo no enterrado, lo no encontrado, lo que aún no aparece, muestra un umbral entre lo que ya no vive, pero tampoco muere, un pasaje que, para la narradora, emerge como una posibilidad de vida. La tierra se presenta, en esta novela, como una aliada, guardiana de la memoria de quienes faltan, territorio de presencia de cuerpos que importan (al menos para alguien), y de esta manera, le otorga vida a lo que parecía que ni siquiera podía recibir tratamiento como muerto.

4. Así en la tierra como en el cielo

Las dos primeras muertes por las que la protagonista come tierra son muertes de su círculo privado. El pasaje del rol de Cometierra hacia la esfera pública aún no ha surgido. El tratamiento de esas primeras muertes es personal, es familiar, es íntimo. La protagonista come tierra porque se trata de *sus* muertas, porque quiere saber de ellas, porque no las quiere abandonar. Come tierra para preservar la memoria de esas mujeres que ama, para llevarse un pedazo de ellas consigo. No hay un pedido externo, no hay un intercambio de recursos, no hay un servicio brindado a la comunidad. Hay desesperación, abandono y una criatura hundida en el barro de la pérdida.

La muerte de la madre de la protagonista abre la novela, con la escena desesperante de la niña-Cometierra que se niega a que se lleven el cuerpo hacia el terreno que el cementerio tiene destinado a los pobres. “Mamá se queda acá” insiste la niña, pero se llevan el cuerpo de todas maneras:

Verla en silencio caer en un agujero abierto en el cementerio, al fondo, donde están las tumbas de los pobres. Ni lápidas, ni bronce. Antes del cañaveral, una boca seca que se la traga. La tierra, abierta como un corte. Y yo tratando de frenarla, haciendo fuerza con mis brazos, con este cuerpo que no alcanza siquiera a cubrir el ancho del pozo. Mamá cae igual (Reyes, 2019, p. 12. Los destacados son propios).

Pronto nos enteramos de que esa madre es víctima de un femicidio y de que fue el propio padre de Cometierra quien la ha asesinado: “La tierra la envuelve como los golpes del viejo y yo pegada al suelo, cerca como siempre de ese cuerpo que se me llevan como en un robo” (Reyes, 2019, p. 12).

Hay ya en este primer capítulo una defensa de la tierra como territorio identitario, como espacio de vida que se resiste a la desterritorialización, que atraviesa luego a toda la novela. Como señalamos arriba, sobre las desapariciones de la novela se construye una estética de lo espectral que pone sobre la mesa quiénes son los desaparecidos actuales, cuáles son las vidas que, en términos de Agamben, podrían considerarse el *homo sacer* de hoy en día. En este sentido, la protagonista de la novela aparece como un personaje umbral en su carácter de *médium*, capaz de interceder entre los muertos y los vivos, entre los recuerdos de la tierra y quienes buscan en ese recuerdo la memoria de los ausentes, trazando, además de una estética, una política de lo espectral en la cual quienes faltan hablan desde la tierra que pisaron y demandan una tierra donde descansar. En la novela, el enterramiento como práctica de memoria resulta fundamental a la hora de otorgarles entidad a quienes desaparecen. La estrategia narrativa de la espectralidad se apoya sobre la construcción inquietante de *una tierra que es*

memoria y en la separación de *bios/zóe* que venimos analizando, de vidas que importan y vidas que no. Los pobres no tienen derecho ni a una ni a la otra: sus cuerpos caen ignotos en fosas comunes del cementerio, sin tierra propia, sin memoria propia. Así sucede con la madre de Cometierra, y la pequeña se resiste a esa injusticia e intenta llevarse puñados de la tierra del cementerio en su estómago para poder “hacerse amiga”, es decir, conocer esa tierra, hablar con ella, no perder contacto con su madre, *no olvidar*.

La segunda muerte es la de la señorita Ana, una maestra de primaria de la protagonista. A la señorita Ana la buscan sin éxito y solo logran encontrarla por la intervención de la niña que le consulta a la tierra. Dice Cometierra: “Y *cuando la policía dejó de buscarla* entre los yuyos y las casitas, al lado del arroyo, la busqué al borde del patio, en la tierra donde paraba sus botas lindas para vernos jugar” (Reyes, 2019, p. 21. Los destacados son propios).

5. Las vidas enterradas

Después de estas dos muertes ligadas al círculo privado, íntimo, de Cometierra, el don de la protagonista da un salto hacia la esfera pública, cuando la necesidad económica le hace notar que hay posibilidades de que su habilidad pueda generarle un ingreso económico que evite que se profundice su caída en los márgenes. En este momento aparece un autorreconocimiento de la narradora en tanto agente biopolítico alternativo, con una tecnología específica para

conservar o preservar la vida vinculada a su poder, un poder más eficaz y más comprometido que el de los agentes estatales. Un poder nacido del mismo margen y de su voluntad de sobrevivir en él. Más adelante, Cometierra dirá: “Si a la policía le pagaban por buscar y no hacer nada, ¿por qué no iban a pagarme a mí?” (Reyes, 2019, p. 66).⁶

Una mujer llega a Cometierra con una lata en la mano. La lata tiene tierra con la que espera que la joven busque a su hijo, un joven que se llama Ian, y que, según su madre, “nunca le hizo daño a nadie, no podía” (Reyes, 2019, p. 29).

Luego de tragarse el contenido de la lata que la mujer le trajo, la joven logra acceder a las visiones de la tierra, que esclarecen ese “no poder”. Cometierra observa una memoria de cuando el joven desaparecido era niño: “No era un cachorro pillo. Era un chico raro, que parecía perdido, y la luz que salía de su cuerpo era pobre, triste, enferma” (Reyes, 2019, p. 29). La narración no profundiza sobre la enfermedad de Ian, pero entendemos que la vida de Ian no se adecua a los parámetros sociales que reconocen a una vida como legítima. En el recuerdo que la tierra le muestra a la joven, aparece el padre de Ian, que sentencia: “sus años no sirven”. Ian no crece como los demás niños, y no funcionará como los demás adultos, no podrá jamás insertarse en la matriz del sistema: para su progenitor, esto convierte a la vida de Ian en una existencia monstruosa, animal, menos que humana. Cuando Cometierra pregunta a la madre del joven si se sabe algo más

⁶ Un estudio detallado acerca de cómo las relaciones económicas de cambio moldean los vínculos en Cometierra excede a los límites de este artículo, pero se constituye como interrogante para un abordaje posterior.

sobre Ian, esta responde que “la policía ya no lo busca” (Reyes, 2019, p. 37).

El carácter de “menos que humano” de las víctimas de estas desapariciones es una constante en la novela que revela la labor de la protagonista como surgida de la demanda de una biopolítica de restitución y memoria para quienes sufren las consecuencias de las exclusiones programadas de la cultura. Las visiones de la protagonista se irán acercando a la verdad de la muerte de Ian hasta revelar que ese mismo padre que insistía en no buscarlo, en que “no era nada; que un chico puede retrasarse un poco, *que puede desaparecer*” (Reyes, 2019, p. 21. Los destacados son propios), fue quien lo mató.

Hay un eje común en todas las desapariciones que conecta al sistema que excluía desde antes de la desaparición, con el hecho de que la policía, el agente estatal, no busca casi nunca. Es aquí donde se abre un intersticio, en una ausencia en donde la literatura inserta la práctica de la bruja/médium Cometierra. En el caso de Ian, con la desaparición de un niño enfermo, pero, en la mayoría de los casos, con la desaparición de mujeres.⁷

El femicidio y el feminicidio pueden ser analizados como necropolíticas específicas que funcionan sobre los cuerpos de las mujeres como técnicas de adoctrinamiento al orden

⁷ Además de la desaparición de Ian y de las mujeres que detallaremos a continuación, cabe señalar la desaparición de Dipy, un joven cartonero que muere por un accidente con su caballo. A Dipy solo lo busca su madre desesperadamente, pero el estado no interviene. Dipy, como Ian y como las mujeres de esta serie, es un representante del *homo sacer* de Agamben: su muerte es aceptable dentro del sistema. Cometierra visita a su familia e interviene para lograr ubicar el cuerpo.

patriarcal. Rita Segato (2010) lee los crímenes contra las mujeres como crímenes moralizantes, que buscan marcar el orden de subordinación de las mujeres respecto de los hombres en el patriarcado. En este sentido, en el femicidio

(n)o solo se decide por acción y por omisión la muerte sistemática de las mujeres por su condición de otredad, sino que, además, a quienes se dejan vivir, se les gobierna y se les señala cómo deben hacerlo. Es importante enfatizar que esta soberanía no solo reside en el Estado, por el contrario, es ejercida por una multiplicidad de actores y niveles que se ubican dentro del círculo del privilegio y de lo hegemónico (Molina Mosquera et al., 2021, p. 63).

Cada femicidio, en la novela de Reyes, devela una lógica en la que la separación entre hombres y mujeres se corresponde con las categorías biopolíticas que recupera Agamben de *bios/zóé*, y enfrenta a las mujeres con su condición de posibles muertas inminentes. Sobre esa condición es que la estética de lo espectral nos presenta a estas mujeres-fantasmas, manifestaciones de la tierra que traga la protagonista, con sus historias y sus ausencias. Sus vidas (y sus muertes) aparecen suspendidas en ese umbral que en Argentina ha configurado la desaparición, ese espacio sin tumba y sin tratamiento para quienes no están ni muertos ni vivos. La figura de Cometierra es también una figura umbral. Mujer, pobre, bruja: la inminencia del abandono, la muerte y la persecución, la constituyen desde pequeña y la convierten en la intersección ideal donde convergen las desigualdades y, por lo tanto, sus relatos. Cometierra se sitúa siempre en el borde de lo que tiene derecho a existir y de lo que no. Esa es la instancia de la enunciación de esta joven narradora y es justamente eso lo que

la configura a ella también como espectro, como monstruosidad, como figura límite, bruja o médium, canal para que hable la memoria, espacio intersticial que se abre como reclamo entre la vida y la (no) muerte de quienes desaparecen.

Luego de encontrar a Ian, Cometierra vuelve a comer tierra por una mujer. Los pedidos de la gente que busca comienzan a acumularse en la casa de la joven dentro de botellas de vidrio ahorcadas con el nombre de quien desapareció. Marta es la madre de la Florencia, que había ido a la escuela con la protagonista, y aunque en el pasado no había querido que su hija, “*rubia y prometedora*”, se junte con esa niña con tierra en las manos y en los dientes, cuando se acerca ese día a la protagonista, ya no parece importarle el barro debajo de sus uñas. Pregunta por la Florencia y Cometierra llora mientras le miente y le dice que la ve llena de luz, que no tiene de qué preocuparse. A la Florencia la tierra se la muestra rota y agusanada. Es una muerta más en la larga hilera de muertas que acompañan a la protagonista.

Luego, la joven vuelve a tragar tierra por María. Presiente que puede tratarse de un caso distinto al resto. A María la busca su primo Ezequiel que es policía, pero más allá del título de *yuta* que a Cometierra no le agrada, este no tiene muchas diferencias con las demás personas que buscan a alguien. El joven le habla de que su tía lo crio, aunque casi no conocía a esa prima, mucho más joven. “Después dijo que su tía empezó a acusar a los compañeros de trabajo de él. Dijo que los policías y el comisario se habían quedado quietos, que no la buscaban” (Reyes, 2019, p. 65). La presencia del joven policía que viene a requerir los servicios de Cometierra expone el

desdén frente a estos casos por parte de las estructuras policiales (salvo excepciones, es casi una constante que el estado no busque o deje prontamente de buscar) y también la marca de la diferencia a la hora de buscar por parte del policía, que no busca a María por ser una desaparecida, sino porque es su prima:

Yo lo escuchaba hablar y no podía contestarle nada. *Me daba bronca que fuera su sangre lo que lo moviera a buscar y no la chica. Cualquier chica.* Era un yuta, su trabajo era ese.

Dijo que cuando la tía se fue de la comisaría empezó a buscar.

—Pensé que siendo policía iba a ser fácil —dijo—, pero *pasaron muchas cosas.*

Le alcancé otro mate. Me pareció que ya había dicho demasiado. No quería escucharlo más, pero el flaco agregó:

—Terminé dándome cuenta de que *en esta estaba solo* (Reyes, 2019, p. 66. Los destacados son propios)

El “pasaron muchas cosas”⁸ en boca del joven deja entrever que no solamente no tuvo colaboración, sino que la búsqueda dentro de los marcos institucionales no prosperó porque la entorpecieron. Cometierra se imagina a los otros policías diciéndole: «Ya va a volver, seguro se fue con el novio», y confiesa que desea cobrarle de más Ezequiel⁹ para que se vaya,

⁸ La expresión recuerda a otra tristemente célebre frase de la historia de Argentina, aquella proferida por el expresidente Mauricio Macri, quien, en una entrevista con Jorge Lanata el 17 de junio del 2018, intentó desligarse de la grave situación económica del país señalando que “veníamos bien, pero pasaron cosas” ya que el mundo se encontraba en una “situación volátil”.

⁹ La relación de Cometierra con Ezequiel se profundiza y deviene en un vínculo romántico luego de que encuentran a María. Si bien un análisis de dicha relación (entre Ezequiel como agente estatal y Cometierra como agente biopolítico alternativo)

pero piensa en la chica desaparecida y decide ayudarlo. La tierra, tal como intuyó, le muestra a María maniatada y golpeada, pero viva.¹⁰

6. ¿Dónde se entierra un desaparecido?

La tierra, como la prosa, presenta varias dimensiones temporales: los cuerpos agusanados en el presente, las memorias de la infancia, el momento exacto en el que la vida se despegó de los huesos, coexisten en la tierra de estas desaparecidas y desaparecidos contemporáneos. En este sentido, la espectralidad permite hacerle un lugar a la pregunta sobre esas ausencias y sobre la necesidad de memoria, como plantea Ribas-Casasayas en “El espectro, en teoría”:

En este marco, la espectralidad o asedio surge como la estética opuesta a condiciones o modos discursivos generados por la violencia militar, política o económica en el contexto de la modernidad. Es una búsqueda estética de formas de contrarrestar la borradura, la silenciación y el olvido, una vía de escape del apego melancólico a la pérdida, una alternativa a la técnica y estética lineales, jerárquicas, racionalistas de las representaciones realistas o

resultaría interesante, abordarlo en su complejidad excedería a los intereses de este trabajo.

¹⁰ Después de ubicar a María, Cometierra ayudará a un joven a buscar a su novia, que desapareció en el río Tigre. No profundizamos en este caso ya que es diferente a los otros que se abordan: no se trata de una joven asesinada víctima de femicidio, sino de una mujer robada por el río. A esta joven sí la buscó la policía, incluso con buzos tácticos, y no lograron ubicarla. Cometierra va a buscarla sabiendo que el río solo devolverá el cuerpo mediante un intercambio y decide entregarse, pero Ezequiel, que la acompaña, logra rescatarla.

documentales del pasado, una exploración más profunda de las realidades suprimidas por tramas simplificadas del pasado o representaciones 'hiperreales' promovidas por el mercado (Ribas-Casasayas, 2019, pp. 13-14).

Si la discursividad de la violencia en Argentina y Latinoamérica tiene, desde los últimos procesos de dictaduras organizadas bajo el plan Cóndor, la marca de las desapariciones como necropolítica, su contracara es la *biopolítica de la memoria* como herramienta de resistencia que busca reivindicar el valor de las vidas desaparecidas y que merecen no caer en el olvido.

Cometierra reproduce esta narrativa no solo desde la espectralidad como tratamiento para las figuras de quienes desaparecen, sino también a partir de las figuras de búsqueda y recuperación de memoria, que han sido claves en la historia reciente. Aquí el rol central lo adquieren las madres. El vínculo filial entre madres e hijos, e hijas, tiene un papel clave en el desarrollo de la trama de la novela y una relevancia crucial al momento de tratar las búsquedas. Como durante los setenta en Argentina, son las madres quienes salen en la búsqueda de la memoria de esos hijos que la sociedad y el Estado de derecho han abandonado. Si bien en el caso específico de María, el primero en acercarse a Cometierra para buscarla es Ezequiel, su primo, la madre no tarda en aparecer. Resulta clave el momento del encuentro entre la madre de María y la protagonista para pensar cómo se constituyen en la novela los vínculos filiales.

Y ahí estaba ella ahora, *la madre*, buscando acercarse. Yo sabía que quería decirme algo, pero no quería escuchar. Me estaba guardando toda para la tierra. Igual, se sentó enfrente mío y trató de agarrar mis manos.

—*Hija* —dijo, como para empezar a pedir algo, más con los ojos que con la boca—. *Hija...*

Le hice que no con la cabeza. Ya no siguió hablando. Solo los ojos.

—No, así no funciona —le dije, tratando de no mirarla, tratando de no recorrer con la cabeza el tiempo seco, *los años guachos que me lastimaban el cuerpo como una lija frotada sobre la piel, que hacían que ya no saliera nunca, nunca, la palabra «hija» para mí de la boca de una mujer*—. Yo vine a comer la tierra de su hija —dije, y me levanté para salir sola a la intemperie a buscar una vida.

Acaricé la tierra que me daba ojos nuevos, visiones que solo veía yo. Sabía cuánto duele el aviso de los cuerpos robados.

Acaricé la tierra, cerré el puño y levanté en mi mano la llave que abría la puerta por la que se habían ido María y tantas chicas, *ellas sí hijas queridas de la carne de otra mujer*. Levanté la tierra, tragué, tragué más, tragué mucho para que nacieran los ojos nuevos y pudiera ver (Reyes, 2019, p. 62. Los destacados son propios).

En la novela, la tierra configura un espacio narrativo en el que las identidades negadas existen y resisten desde una espectralidad que intenta ensayar lazos de filiación. A la madre de María le falta una hija, a Cometierra, una madre. El lazo entre ellas está prefigurado en su condición de género, en ese orden de marginalidad que las expone a la pérdida y la desaparición, y las encuentra en la ausencia. Ambas podrían ser quien le falta a la otra, pero no lo son. El lazo es solo un intento de lazo, que se deshace en la imposibilidad que marca la ausencia.

El poder necropolítico ejercido sobre las mujeres no inicia ni termina en el feminicidio; es por lo que afirmamos que la muerte nos persigue antes de la aniquilación de nuestros cuerpos y después de ella. La muerte simbólica, aquella muerte que antecede la de nuestros cuerpos, es esa que precisamente habilita, alienta y aplaude el feminicidio; aquella que empieza por ubicarnos en la otredad y en lo desechable; aquella que, a modo de negligencia estatal, nos deja morir y también permite nuestras muertes. La muerte simbólica, anclada en la violencia estructural, es entonces la primera muerte que nos confronta como mujeres (Molina Mosquera et al., 2021, p. 64).

Si el femicidio como necropolítica funciona como un elemento adoctrinador, sobre la categoría mujer no opera solamente la desaparición física y la muerte material sino también la posibilidad inminente de esa desaparición como muerte simbólica, lo que elabora una filiación específica entre los personajes femeninos de la novela:

Soy como ella —me dije—. Sé su nombre y que está viva. Quiero encontrarla. Yo me parezco a María. En los labios, en el pelo, en el color de mi piel está la tierra y está ella: unos ojos que son, para mí, un puntazo en la carne. No voy a dejar que quede ahí, viva y abandonada entre sombras. (Reyes, 2019, pp. 49-50. Los destacados son propios).

Esta filiación también emerge en relación al personaje de la señora Ana, que visita en sueños a Cometierra.

—Yo quería —dijo después la señora Ana.

—¿Verlas? —le pregunté.

Ella se quedó mirando adelante. Tomó aire hasta el fondo y largó:

—*Yo quería también quedar embarazada alguna vez. Tener una nena. Una piba así, como ustedes.*

Me miró. Le esquivé los ojos.

—Yo ni loca. *Desaparecen* —dije y me llené rápido la boca de pipas. (Reyes, 2019, p. 42. Los destacados son propios.)

Una genealogía de desapariciones signadas por la violencia patriarcal ordena los vínculos en esta novela. La falta adquiere cuerpo en cada encuentro, delimitado por la ausencia y por lo que se ha perdido, exponiendo una cadena de filiaciones rotas, que sobreviven en su carácter espectral. Una hija que perdió a su madre, madres que perdieron a sus hijos, mujeres que perdieron su derecho a ser madres.

7. Consideraciones finales

El mundo de *Cometierra* es un mundo de espectros. La categoría de espectros ha servido al análisis biopolítico (así como la de *zōé*, la de animalidad o la de monstruosidad) para dar cuenta de las realidades-umbral, existencias suspendidas entre la vida y la muerte, vidas que, como señala Giorgi, aparecen reducidas a su expresión mínima, a la mera supervivencia en la existencia de su no-ser. En este sentido

(1) a figura de lo espectral y la narrativa del haunting o asedio constituyen una forma de memoria narrativizada. Es un tropo que permite hablar 'de' y 'a' una historia de violencia y exclusiones programadas (Ribas-Casasayas, 2019, p. 13).

La espectralidad en *Cometierra* emerge como estrategia narrativa capaz de otorgar un tratamiento a lo que está signado por la no existencia (las víctimas de la necropolítica, las “exclusiones programadas”), sin quitarle su carácter fantasmagórico. Si el desaparecido en la narrativa social latinoamericana signa una trama de ausencias y vidas a medias, la novela de Reyes se introduce en este entramado y encuentra en la literatura un espacio para que los espectros de mujeres desaparecidas por el orden patriarcal “aparezcan”: la tierra.

La tierra en la boca de la protagonista descompone umbrales espectrales entre vida y muerte, entre margen y centro, entre la lógica estatal y sus alternativas sociales. En *Cometierra*, la tierra no es una enemiga que oculta los cuerpos muertos, sino, de hecho, una aliada, una potencia vital, un espacio de memoria que reclama un medio (una médium) para tomar voz.

Referencias Bibliográficas

- Barei, S. (2021). “Dolores Reyes, *Cometierra*. La novela argentina y la vulnerabilidad de lo viviente”. Adriana Goycochea (Comp.). *Miradas góticas. Del miedo al horror en la narrativa argentina actual*. Viedma: Etiqueta Negra, 37-44.
- Estévez López, A. (2018). “Biopolítica y necropolítica ¿Constitutivos u opuestos?”. *Espiral: Estudios sobre Estado y Sociedad*, 25 (73), 9-43.
- Giorgi, G. (2014). *Formas comunes. Animalidad, cultura, biopolítica*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- Hurtado Heras, S. et. al. (2021). *¡Ay!, qué bonito es volar: representaciones contrahegemónicas de la brujería en Latinoamérica*. Toluca: Universidad Autónoma del Estado de México.
- Jenkins, J. (2006, 3 de agosto). “Ni muerto ni vivo”. *Página 12*. <https://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-70866-2006-08-03.html>
- Merchán, A.L.; Moreno Jaramillo, M.A. y Molina Mosquera, A.M. (2021). “El feminicidio como acto necropolítico: Las tres muertes vs. Las resistencias feministas latinoamericanas”. *NECROPOLÍTICA EN AMÉRICA LATINA: Algunos debates alrededor de las políticas de control y muerte en la región*. Programa de Investigación de Política Exterior Colombiana (PIPEC), 59-72. <https://repositorio.uniandes.edu.co/bitstream/handle/1992/52021/Necropol%c3%adtica%20 PIPEC Uniandes.pdf?sequence=2&isAllowed=y>
- Reyes, D. (2019). *Cometierra*. Buenos Aires: Sigilo.
- Ribas-Casasayas, A. (2019). “El espectro, en teoría”. *iMex. México Interdisciplinario. Interdisciplinary Mexico*, (16), 8-20.



https://scholarcommons.scu.edu/cgi/viewcontent.cgi?article=1021&context=mod_lang_lit

Rodríguez, F. (2017). “Señales de vida: Ficciones y territorios en crisis”. *452°F. Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, (16), 43-61. Universitat de Barcelona. Facultat de Filologia.

<https://revistes.ub.edu/index.php/452f/article/view/15795>

Segato, R. (2010). *Las estructuras elementales de la violencia*. Buenos Aires: Prometeo.

Fecha de recepción: 06/07/2022

Fecha de aprobación: 07/08/2022